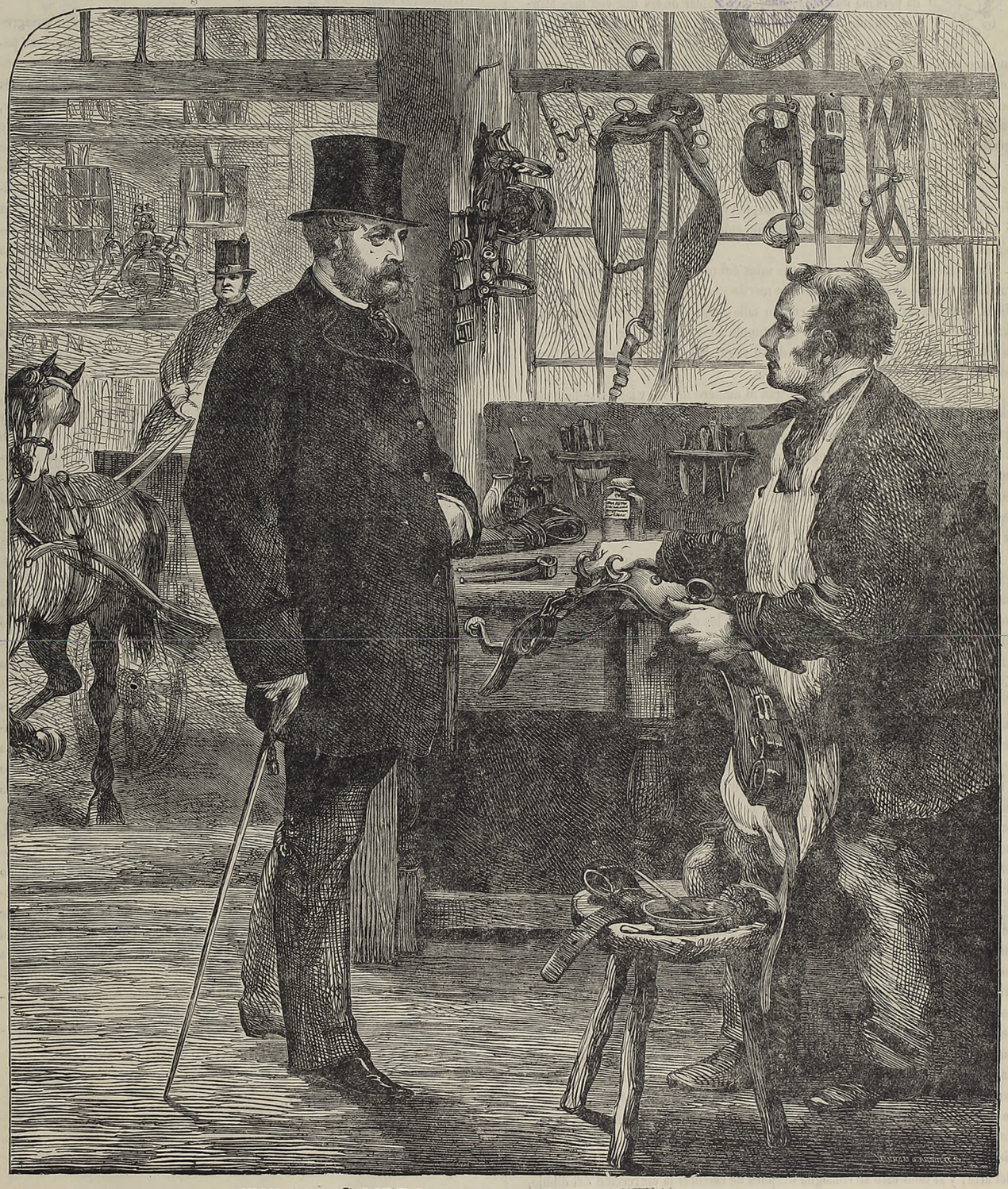
EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA PROPIETARIA, CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

TOMO IX. MEXICO, 24 de Julio de 1887. NUM. 4.

HEMEROTECA NACIONAL DE MEXICO



Guardamos las fiestas

LAS SEÑORAS EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

Vamos á ocuparnos de las que convierten diariamente en palenque de la elegancia el palacio recientemente construido junto al Hipódromo, y al recorrer los dilatados salones dan prueba inequívoca de que la mujer no es extraña á las concepciones del genio ni deja de rendir al mérito artístico el culto que á él debe toda persona ilustrada; queremos hablar de las que con más atrevido intento, salvando escollos que las artes y las ciencias ofrecen á la mujer, han pretendido y ocupado lugar honroso entre los mismos expositores. Nuestro periódico, consagrado al enaltecimiento de la mujer, está en el deber de dedicar algunas líneas á las que, excepción gloriosa de su sexo, figuran dignamente entre los que han llevado al público certamen el resultado de sus estudios, de sus vigilias, de su fe artística, de ese esfuerzo privilegiado que alumbra un momento la mente del mortal, para elevarle en su siglo y en los venideros sobre los otros hombres que le rodearon: ¡es la única recompensa del genio! Las penalidades del hombre acaban con su vida, sus miserias de condición, de carácter ó fortuna, se olvidan con su generación; pero la obra á que dió vida en un momento de inspiración sublime, queda y vive en los futuros siglos.

Pasaremos, pues, por las espaciosas salas del palacio de la Exposición, admirando en silencio obras de sobresaliente mérito ya celebradas por todos los periódicos, distinguidas por el Jurado con su fallo inapelable, y consagraremos una frase de alabanza, de felicitación ó de estímulo á las señoras que, más ó menos acertadas, han ofrecido una muestra de su valer, allí donde conseguir un lugar para su obra era ya triunfo no despreciable.

Las señoras que han concurrido llegan al número de 66, y jamás se ha conocido Exposición artística en que tan dignamente esté representado el sexo, porque entre las obras presentadas las hay de mérito indiscutible, que han merecido del público y de la prensa elogios muy merecidos, figurando no sólo como expositoras, sino como maestras, que así sucede con la señora de la Riva, las señoritas Ginés y Menassade, y alguna otra, que brillan en sus propias obras y en las de sus discípulas. ¡Circunstancia es ésta que levanta muy alto el mérito de la mujer!

Quizás por timidez propia del sexo, acaso por la inclinación natural de sus gustos, ha dominado la ejecución de flores y bodegones, habiendo algunos tan bien hechos como las flores de las Sritas. La Riva y Menassade; frutas como las *uvas* pintadas por la Srita. Ginés, y ostras como las debidas al pincel de la señorita Francés, que en competencia con el de Checa, el maestro de los bodegones, han sido reconocidas las ostras de la joven pintora como las mejor hechas de la Exposición.

Aunque las flores sean el asunto predilecto, al parecer, de las señoras que manejan los pinceles, no han dejado de ofrecer gallarda muestra de su dominio del dibujo y naturalidad del color en la figura, ya en el retrato, donde sólo plácemes han escuchado las Sritas. Serrano y Flores, firmando retratos de señoras y niños que firmaría de seguro sin reparo un maestro, ya en cuadros de composición, como *El patio de un parador*, de la Srita. Booekman, y *El gallo y las gallinas*, de la Srita. Garay, ya en tipos provinciales ó paisaje, donde hay notas muy salientes, como *La Casa de Campo*, de la Srita. Soria, y *Orillas del Sena*, de la Srita. García Alzola: en estos lienzos hay espacio, aire y luz distribuidos con esa verdad que es el secreto de los grandes pintores.

De *El niño dormido*, de la Srita. de Bañuelos, ¿qué hemos de decir después de los elogios que le ha tributado la prensa? Quien de manera tan brillante sabe manejar el color y con mano tan segura dibuja, debe acometer empresas de mayor importancia que no dudamos en admirar en exposiciones sucesivas. Otro tanto debe esperar el público de la Srita. Serrano, artista ya ventajosamente conocida, que con su retrato de la niña L. S. y sus *dos charros*, ha ocupado uno de los primeros puestos entre las expositoras. El primero, que con ser retrato puede figurar entre los cuadros de composición, por estar la niña sentada en un banco de jardín entretenida con flores, ha merecido de un reputado crítico frases tan lisonjeras como las siguientes: «No se limita su autora á copiar servilmente la imagen que ve, sino que, inspirándose en las bellezas invisibles de su modelito, penetra su espíritu en las profundidades de ese ángel, encontrando allí el rico tesoro que busca para dar á su obra el interés que despierta en los amantes del arte; y si todo ésto se consigna después de celebrar la corrección del dibujo, lo bien sentido del color y la luz que realza un cuadro que tiene tanto de paisaje como de retrato, tendremos prueba relevante de que su autora sabe vencer muchas dificultades á la vez. En *sus charros* nos ha dado también felicísima muestra de su buen manejo del color en la variedad de matices y de su corrección del dibujo, circunstancias ya probadas en otras obras de la joven artista.»

De *La Baiguense*, de Dª Margarita Arosa, dice uno de los periódicos más importantes que es «una de las figuras mejor dibujadas de la Exposición, y que la suavidad de tonos y el modelado de las carnes son de un maestro.»

El gallo y las gallinas, de la Srita. de Garay, ha habido quien le considere digno de hacer *pendant* con *el establo* de D. Federico Jiménez, uno de los cuadros mejor pintados de la Exposición, y como éstos podríamos citar aún varios de verdaderas maestras en el arte.

Sin llegar á tan superior nivel, hay otros muchos dignos de que les consagremos un recuerdo, les tributemos un elogio ó les reconozcamos una esperanza para el porvenir. Tal son los cuadritos de la Srita. Melgar, de perfecto dibujo, aunque un tanto frios de color; *La adivina* de la Srita. Arnau, que revela grandes condiciones; el de la Srita. Alvarez Valdés, en su cuadrito *Después del baile*, que acusa la buena escuela de su maestro el Sr. Pérez Rubio; y los cuadros de las Sritas. de Llauradó (María, Andrea y Edita), que por ser la vez primera que concurren, y casi unas niñas, merecen señalarse como esperanzas para lo sucesivo; el titulado *Las últimas luces*, es un país lleno de poesía en que el sentimiento está combinado con el arte, teniendo buenos efectos de luz. *Al ladrón* se titula el segundo (un bodegón), y en él se admira, sobre todo, la buena composición y los términos de perspectiva muy bien entendidos, habiendo merecido que periódico tan importante como *La Epoca*, consigne que las Sritas. de Llauradó han demostrado buen gusto é instinto artístico. Mucho puede esperarse de quien tan felizmente principia.

Gran caudal de talento, de fe, de inspiración y de estudio, revelan las obras que acabamos de citar, y otras muchas que omitimos por no hacer demasiado largo este artículo, creyendo, con la generalidad del público y de la prensa, que se ha debido premiar, siquiera fuese en reducidos límites, el talento de la mujer, que donde quiera que se haga notar demuestra un esfuerzo superior de valor y de trabajo, por lo mismo que la mujer lucha con las dificultades que le ofrecen el sexo y las costumbres; aquel prohibiéndole asistir á las cátedras, y éstas ridiculizando lo que debiera celebrar, el intento de demostrar lo que concibe la mente en las letras y en las artes, valla que no encuentra jamás el hombre: éste, si en cada ensayo alcanza una derrota, alábase por lo menos el intento que le animó; la mujer, aun saliendo victoriosa del *ensayo*, no puede aspirar ni á una mención honorífica del mismo Jurado que admitió sus obras como dignas de figurar en el público certamen. ¡Injusticia notoria que al fin habrá de tener un correctivo! ¿Se permite á la mujer el ejercicio de la pintura, de la música ó de la poesía? ¿Muestra su suficiencia en certámenes públicos, en conciertos al lado de los grandes maestros, en Ateneos, en competencia con los primeros escritores del país, y en la misión aún más noble del profesorado? Pues ¿por qué no ha de haber un distintivo que sirva de premio á la que logra señalarse entre la generalidad, y de estímulo á la que lucha por llegar á las esferas privilegiadas del saber? No pedimos que se les otorguen las mismas distinciones que al hombre, créese un distintivo honorífico propio de señoras, y ya que una tan discreta como virtuosa ocupa el trono en nombre de su augusto hijo, señale su glorioso reinado con ese mérito más, el de distinguir á la mujer que vale en las artes ó las ciencias, de las que forman la generalidad de su sexo; y teniendo ese distintivo creado, no se daría el caso que aconteció en el reinado de Doña Isabel II, que queriendo distinguir de un modo especial á Dª Gertrudis Gómez de Avellaneda, se le confirió la banda de damas nobles de María Luisa, merced que pudo halagarla como mujer, pero que nada la enalteció como escritora. Créese un lazo, una medalla, una señal que pueda lucir en su pecho, así la mujer de noble alcurnia como la de clase humilde, si su talento la levanta á las altas esferas del genio; y no se prolongue el estado de la mujer que empieza su carrera artística llena de fe y de entusiasmo, para caer en el desaliento por no merecer un premio ganado en buena lid, como ha sucedido en la presente *Exposición de Bellas Artes*.

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZÁLEZ.

Madrid, 26 de Junio de 1887.

UN CAPÍTULO DE LA VIDA.

CARTA DE CUALQUIER LECTORA Á CUALQUIER AMIGA SUYA.

Mi amiga más querida: No sé cómo empezar ésta; tantas son las cosas que tengo que decirte y tal la baraúnda que traigo en la cabeza. Tú bien sabes que cuando á los niños les prometen un juguete no descansan hasta conseguirlo, y en el momento que se lo presentan se quedan mirándolo sin atreverse á tocarlo, dudando si será para ellos. Pues eso me sucede á mí. Me caso: ahí va de sopetón la noticia. Mañana mismo realizaré mis sueños de color de rosa, y ¿lo creerás. . . .? tengo miedo de que llegue ese mañana. Como si lo oyera, me preguntas el por qué. No sé contestarte. Es una cosa tan extraña la que siento, que ni me doy cuenta de ella. Estoy aturdida: á lo mejor se me llenan los ojos de lágrimas; otras veces me dan unas ganas de suspirar, que asustan. Parezco una tonta. Dime, tú, que ya eres toda una señora mamá, ¿te pasó otro tanto la víspera de tu matrimonio? ¿Acontecerá lo que á mí á todas las que se casan? Ayer por la noche vino, según costumbre, á verme mi futuro, y apenas si me atreví á mirarle. Debí ponerme muy encendida, porque ¡me dió una guasita...!

Querida mía, no sabes qué jubiloso gozo inunda mi alma. Mi novio es todo un real mozo. Sin exagerar, me parece muy guapo. Cree que no me lo merezco. . . . ¡Por Dios, no leas la presente á tu marido. . . .! Ya sabes que es amigo del que lo será mío, y si éste se entera me quedo desarmada. ¡Vaya! ¡pues no se daría poco tono! ¡Así que los hombres no son vanidosos. . . . .! A Julio lo he adiestrado á maravilla, y te respondo que será un esposo cabal. Ya cuento con su promesa de que ni irá al café por las noches, ni saldrá más que á sus ocupaciones, ni tendrá amigos callejeros. Como ves, me paso de lista. Hija, yo he hecho un estudio del sexo feo y lo conozco á fondo. Mucho lo siento, pero no puede dársele alas. Hay que tenerlos como á los pichones domésticos: á medio vuelo. Acaso pienses que voy á llevar en mi casa, como suele decirse, los pantalones. No, hija, no: en mi hogar mandará siempre mi marido, y yo. . . . les dominaré á los dos. Con franqueza: ¿no te agrada á tí mangonear y disponer á tu antojo? Pues eso hacemos todas, y para ello no es menester levantar ruido ni mover alboroto. El hombre es fuerte y se crece ante la lucha, pero no resiste á los ruegos ni á las lágrimas.

¡Me parece mentira que así tomen cuerpo y se traduzcan en hechos mis esperanzas. . . .! ¿Te acuerdas cuántas veces soñamos tú y yo despiertas, comunicándonos mutuamente nuestras ilusiones? Todas voy á realizarlas. La misma noche en que me case saldré para el campo con mi marido. Ha tomado en arriendo un caserío monísimo, con su huerto y su jardín, y sus vacas y sus gallinas: ¡hasta tiene una hermosa noria para dos caballos. . . .! Por no emborronar no tacho esta última frase, pero supongo que no la tomarás en sentido doble. ¡Qué vida, chica, qué vida! ¡Tú ya sabrás eso, picarona. . . .! ¡Qué dias tan felices. . . .! ¡Uno junto á otro, sin separarnos nunca. . . .! Por la mañana á paseo, por la tarde á paseo, siempre del brazo, bebiendo en la misma fuente, comiendo de la misma fruta. . . .! A propósito, he leido, no sé dónde, que los recién casados comen por los codos. ¿Es cierto? Y si lo es, ¿en qué consistirá?

Ayer estuve con mamá viendo la posesión que te he dicho. Dista de la ciudad dos horas por ferrocarril. ¡Si vieras nuestra alcoba! Ya puedo decirlo así. La han vestido de rosa y parece una taza de plata. El tocador es elegantísimo, el mueblaje de exquisito gusto. Sólo la cama, aunque de caoba y suntuosa, me ha parecido un poco estrecha. Julio, que nos acompañaba, se permitió decir sonriendo: «Eso ¿qué importa. . .?» ¡Ya tú ves que entenderá él de muebles! Una cosa se me va á hacer nueva: al muy comodón de mi novio no le gusta dormir con luz, y habrá que prescindir de ella.

¡Cuánto siento que no puedas ver mi canastilla de boda! Julio me ha regalado cuatro trajes, sin contar el de la ceremonia, que es blanco, de raso y adornado con flores. No tengo queja de ningún amigo: todos, mejor ó peor, pero con igual voluntad, cumplieron enviándome mil regalitos caprichosos. Chica, ésto es hecho: ya no vale arrepentirse. Luego me gustará lucir el marido por las calles y decir entre mí, cuando le miren las demás mujeres, lo que los chicos: «Lo verás, pero. . . » Las feas de López están que trinan al ver que nos vamos casando, y ellas se quedan para vestir imágenes. Les está bien empleado por habladoras y coquetas. Hé aquí el paradero de las que juegan con el amor á la pelota: ó un bodorrio de mala muerte con cualquier chisgaravís de última hora, ó celibato eterno y consorcio hipócrita con la mantilla paralela y el rosario. ¡Vaya! pues ¿no estoy filosofando, y tal vez sea yo una de las mismas á quienes me atrevo á censurar?

Ayer me entretuve en desalojar mi caja de secretos de soltera. Pañuelos con cifras, cartas timbradas, hojas secas con letreros trazados por el alfiler, rosas marchitas, Dios sabe de qué época, restos de ramitos de flores, algún que otro mechón de pelo, dos ó tres retratos con su dedicatoria, y un millar de cartas. Todo ha ardido. Si hubiera hecho tal cosa años atrás, me muero de dolor: hoy he presenciado impasible el incendio. ¡Qué risa me dió al leer una epístola de Federico! ¿Te acuerdas cómo le dije que no, en el huerto aquel? Mientras hablaba el pobre chico, yo permanecía en silencio. De que acabó, cogí una flor de calabaza y se la ofrecí al galán para el ojal. La verdad es que estuvo mal hecho. . . . de un modo tan brusco. Pero ¿quién reflexiona á los quince años? ¡Y aquellos versos que hizo! ¡Qué malos! También los he roto. Cuando leía, al desgarrarlas, las cartas de Joaquín, me acordé de sus juramentos de matarse si yo no le quería. Gracias á que no llegó la sangre al rio. ¡Muchacha! ¡qué cartas escribía yo entonces tan ridículas! ¡Qué romántica estaba! Nada: vida nueva. Desde mañana mi único pensamiento se cifrará en mi esposo.

¡Mi esposo, mi esposo. . . ! Con qué júbilo escribo esta palabra! ¡Qué hermosa debe deslizarse la vida del matrimonio, la vida en común con el sér amado! Por lo que á mí toca, presumo que he de ser muy feliz, porque he llegado á comprender que la dicha no estriba sólo en que las almas se apasionen y se correspondan, sino que há menester además que se comprendan y se unan como dos ruedas de un mismo engranaje. Julio y yo poseemos idéntico carácter, tenemos iguales gustos y aficiones iguales, y, como en nada discrepamos y todo lo apreciamos lo mismo, de aquí que no haya habido en nuestras relaciones ni el más mínimo disgusto. Tú no conoces á Julio sino por retrato; pero ¿verdad que su cara acusa la bondad de su fondo, y no es que me dicte la pasión los elogios que en mis cartas á tí le dirijo? Que te diga tu marido, que lo trata, si Julio no es un corazón de oro.

Y, á propósito de tu marido, dile que estoy muy incomodada con su primo. Cuando supo que me casaba, rezan las gentes que exclamó: «¡Lástima de chica!» Anoche, sin ir más lejos, hablando yo con él de la luna de miel, como le preguntase su opinión, me contestó: «¡Bah! no me gusta la luna de miel, porque por lo que tiene de luna produce intermitentes, y en cuanto á la miel me empalaga sobremanera.» ¡Y es casado!

La verdad es que oir á tales gentes descorazona á cualquiera. ¿A qué obedecerá esa manía general de hablar mal del matrimonio, manía de la que no se libran los casados mismos, siempre presuntuosos de pasar por víctimas resignadas? A tomar en cuenta sus opiniones, sería cosa de hacerle la cruz á los hombres como al diablo. Yo me río mucho con mis tertulianos hablando de semejantes asuntos, y ¿sabes lo que responden á mi entusiasmo en la defensa de la vida conyugal? Pues no soy voto en la materia, porque aun llevo la venda en los ojos, y añaden: «Fíjese vd. en que el matrimonio necesita bendecirse: ¡por algo será!» En fin, no es este sitio ni ocasión para hablar de tan arduas materias: allá cada uno con sus ideas. Yo creo que el matrimonio es el paraíso, y que la serpiente, que dicen que en él no falta, sólo existe en la mente de los solteros empedernidos.

Ayer nos hemos pesado Julio y yo; creo que entre los dos sumamos once arrobas: allá veremos la carne que hemos perdido dentro de seis meses, pues tengo oido que en los primeros de casado se enflaquece notablemente, si bien luego se rocobra esta resta y se engorda.

Ya te cansará la presente. Comprendo que pequé de larga, pero tenía que desahogar mi alma en alguien, y en nadie como en tí. Sin embargo, te aseguro que me dejo por decir muchas cosas: la mitad y las más interesantes se quedan en el tintero. Mañana, cuando recibas ésta, ya nos habrá echado el cura las bendiciones; y á la misma hora en que tú, de sobremesa de la cena, en tu apacible hogar de ese apartado pueblo, leas mi carta, estaré yo durmiendo.

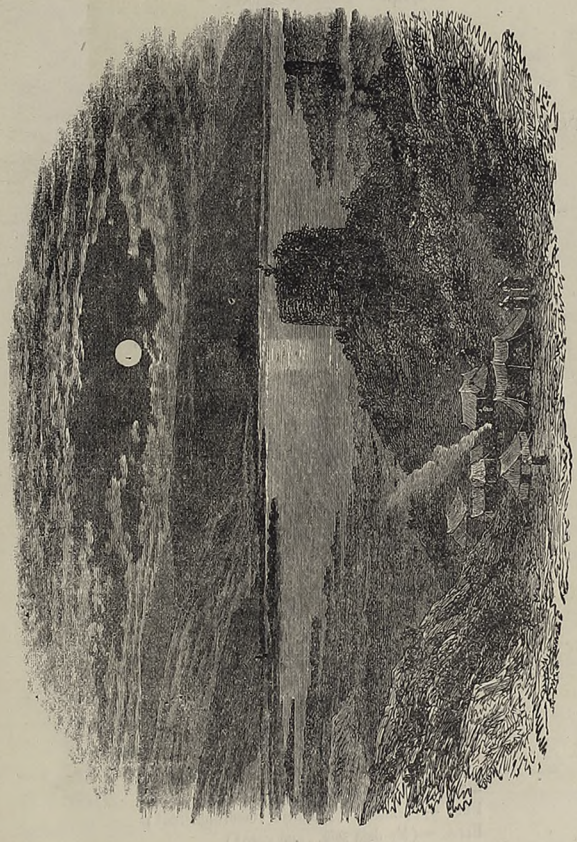
Así pues, querida, hasta otra. Cuida mucho á tu esposo, al que darás mis recuerdos, y recibe un millón de besos de tu amiga y futura colega

FULANA DE TAL.

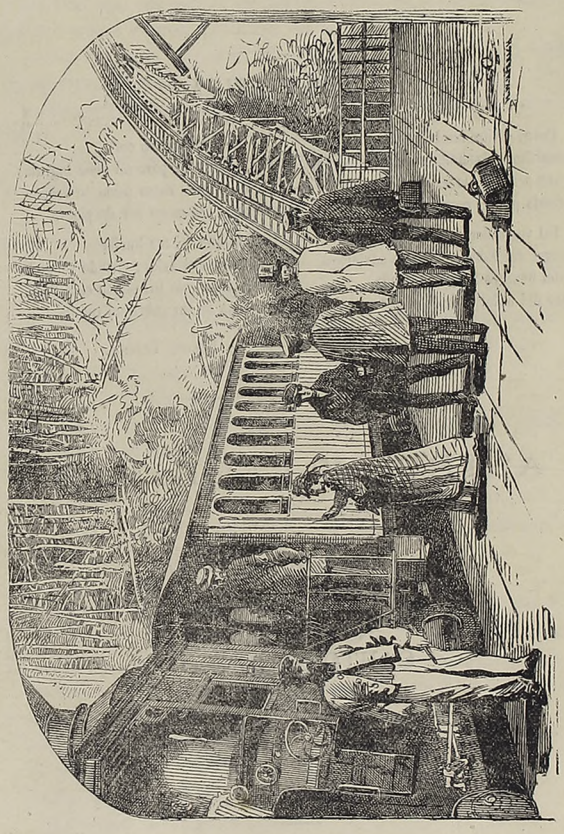
Por la copia,
A. PÉREZ G. NIEVA.

Medida falsa

Peligros en el mar



Montañas de Moab en la Palestina



Ferrocarril en el Monte Washington

RISAS Y LÁGRIMAS.

EN UN ÁLBUM.

Es nuestra vida un libro
En cuyas páginas
Se encuentran esparcidas
Risas y lágrimas;
Y al repasarlo
Pocas veces reímos,
Muchas lloramos.

Feliz tú si en el tuyo
Jamás encuentras
Una página sola
Que te entristezca;
Y así tu alma
El cielo de la dicha
Verá en sus páginas.

CARLOS CANO.

EL NENÚFAR.

¿No viste nunca en linfa trasparente,
Que fresca y apacible sonreía,
Cómo el nenúfar con amor volvía
Al astro-rey su inmaculada frente,

Y cuán gozoso el ídolo esplendente
A su entusiasmo vivo respondía?
¿Luego no viste, al espirar el día,
Mustia la flor hundirse en la corriente?

¡Guarda, medita esa lección, Dolores!
Tu pecho rinde á llama verdadera,
A noble llama y su delicia apura;

Mas si fulmina el hado sus rigores,
En tu ardoroso culto persevera,
¡Muere y no seas á tu fe perjura!

EMILIO BLANCHET.

Á UNA ESTRELLA.

Pura, divina lumbre
Que cual flor de la sombra abres tu broche,
Lágrima acaso de la excelsa cumbre
Que rueda por el rostro de la noche;

Tal vez dulce mirada
Del ángel del Edén que triste advierte
Esta del hombre funeral morada,
Alcázar del dolor y de la muerte:

Allá en el nócteo coro
Donde no hay luz para mi pena ingrata,
Brilla en oriente como perla de oro,
Brilla en ocaso como flor de plata.

Y ya que así me huella
Con su planta el dolor; cuando sucumba
Derrama al menos tú, pálida estrella,
Tu lágrima de luz sobre mi tumba.

FELIPE TEJERA.

ASTROS Y LÁGRIMAS

POEMA DRAMÁTICO

POR ERNESTO GONZALEZ.

[Continuación.]

CANTO SEGUNDO

SEIS MESES DESPUÉS

I

DOS AMORES

FLORA Y LUCÍA.

FLORA.—Duerme, duerme, mi madre idolatrada,
Duerme, sostén de la esperanza mía,
Reposa así feliz y confiada
Mientras tu Flora vela todavía.

¡Cuál se mueve tu seno blandamente
Sin penas ni dolores oprimido!
¡Ah! ¡bendito, bendito el sér clemente
Que su pan con nosotros ha partido!
Sueño tranquilo, de ventura germen,
En cuidarte mis ansias están fijas,
Que las madres ancianas cuando duermen
Ven á su Dios y ruegan por sus hijas.
Frente augusta, que absorta he contemplado
Tantas veces en tierno arrobamiento,
¡Ay! ¡cuántas en la vida te ha surcado
El arado cruël del sufrimiento!
Rayo de luz espléndida y febea
Para tu hija, y que su llanto enjuga,
Ha sido, madre mía, cada idea,
Y un dolor infinito cada arruga.
Y yo, fingiendo goces y alegrías,
En vano ha sido que á borrarlas corra
Con las del corazón lágrimas mías....
¡La arruga del dolor jamás se borra!
Mas si surcais esa apacible frente,
Rastros de duelo por mi mal impresos,
Guardad también de mi cariño ardiente
Al par que el llanto, mis callados besos.

. . . . . .

Virgen del cielo, pura y soberana,
La Reina del dolor y la amargura,
Tú que conoces que mi madre anciana
Es mi vida, mi amparo y mi ventura,
Haz que de Arturo la feliz constancia
Venciendo de la ciencia los abrojos,
Y de mi ruego la piadosa instancia,
Vuelvan la luz á sus nublados ojos.
Dame también poder sobre los míos:
Que no revelen nunca lo que siento,
Y que encubran mis párpados sombríos
Mi apenas concebido pensamiento.
Que, mendiga infeliz, jamás podría
Mi camino torcer, triste y oscuro;
Y delirio fantástico sería
Soñar, ilusa, con tu amor, Arturo.
¿Pues qué, no hay dignidad en la pobreza?
¿No amamantó á mi sér la desventura?
Sigue tu senda, corazón: flaqueza
Es apartar el cáliz de amargura!!!

. . . . . .

Idos, idos, ensueños imposibles,
Amor filial mi pensamiento llena.
Señor, dale venturas indecibles
A la madre de mi alma que es tan buena.
Y que esta anciana á quien mi pecho adora,
Sonriendo tierna, al despertar me diga:
«¿Aun velas junto á mí, querida Flora?
Ven á mis brazos, ven: ¡Dios te bendiga!!»

II

LUNA DE MIEL

CLEMENTINA Y JULIÁN.

ELLA.—Estás pensativo y triste.
¿No eres feliz, Julián mio?
ÉL. —¡Y cómo tal presumiste!
¿Sabes lo que tengo? Frio.
ELLA.—¡Frio! y estás á mi lado,
Y tu esposa te ama ardiente?....
ÉL. —Perdona, una cita urgente
Y que había ya olvidado,
Me llama.... Vuelvo al momento.
ELLA.—¿Te vas? ¡De pena sollozo!...
ÉL. —*(yéndose)* (¡Silencio, remordimiento!)
ELLA.—(Me deja sola, ¡qué gozo!)

Continuará.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

XII

—Hija mía, es preciso que te decidas, decía el señor de Morey á Victorina, en presencia de doña Clara.

—Papá, ese hombre no me quiere; el amor que me pinta, no es amor, es vanidad, es el deseo de aparecer triunfante á los ojos de Mario.

—Nadie abrigaría duda alguna acerca de un hombre que me pide tu mano sin querer admitir ni una horquilla de las que te sujetan los cabellos. Me ha dicho que si te casas con él se instalará en el punto que elijas y comprará un soberbio palacio, cual tú desees, para habitarlo en medio del fausto, el esplendor y la opulencia.

—¡Vanidad; en todos esos ofrecimientos, no hay más que vanidad.

Te parece que me ama porque no busca en mí dinero alguno; eso no supone nada en un hombre cargado de millones.

—Yo no puedo sospechar de un amor que se presenta bajo tan buenos auspicios.

—No rehuses tan buen porvenir, amada Victorina,—añadió doña Clara.

—¿Quiere usted verme desgraciada, querida tía?

—De ningún modo, hija mía; por creer muy brillante ese enlace me adhiero á tu padre, suplicándote no lo desdeñes.

—Cuán halagadas se verían otras jóvenes si les ofreciesen, como á tí, una corona de condesa y muchos millones.

—Para mí no es eso ninguna felicidad; todas las pompas del mundo me son indiferentes, no me hacen eco alguno.

La felicidad consiste en tener el corazón satisfecho.

—Debo hacerte presente, hija mia, pues no te lo había dicho por no afectarte, que estamos en mala situación pecuniaria; mis haciendas han sufrido notables perjuicios, mi patrimonio va desapareciendo.

Vendí tres casas que, como sabes, tenía en Valencia, negocié con ese dinero y lo he perdido.

Reflexiona mucho lo que haces. Mis dias ya están contados, esta opresión al pecho no me permitirá vivir muchos años, y quedarías desamparada. Tu tía necesita asistencia continua, y nuestros recursos van siendo muy escasos.

Aprovecha el talento que Dios te ha dado, en mirar las cosas de la vida real con gravedad y dejarte de sueños y niñerías.

¿No crees en el amor del conde porque no te lo pinta con frases poéticas y vehementes? Déjate de poesía, la vida es prosa; no hay más remedio que vivir entre prosa. Esos amores volcánicos que seducen la imaginación de la mayor parte de las mujeres, son fuegos fatuos. ¡Desconfía de esos amores!

Los viejos aman más, los jóvenes lo pintan mejor.

El amor de un hombre de mundo y aplomo, es más sólido, más duradero.

—Si tú crees que otro amor me distrae, estás muy equivocado, y siento las indirectas que respecto á Mario me has dirigido. Mario me ama con toda su alma, es el hombre que más llena mis aspiraciones, me haría la existencia seductora, y, sin embargo, Mario no ha sido mi amante, ni lo será jamás, por más que creas otra cosa.

Yo no me uniré á Mario, pero mi corazón permanecerá insensible al amor de los demás hombres.

—Ya sé que no puedes amar vehementemente al conde, mas puedes darle tu mano mientras no te sea completamente antipático.

—¿No sería un engaño darle mi mano sin latir mi corazón por él?

—Si fueras una joven aturdida, coqueta y loca, habría gran peligro en que te unieras á él sin estar enamorada; pero con tus buenas cualidades, podrá vivir tranquilo, tu dignidad será la garantía de su honor, tus sentimientos religiosos el escudo que salvará tu virtud.

—¿Y yo qué garantías tengo?

—Su estimación, que vale para la mujer más que todo. La vanidad, el amor propio que le censuras, no le permite unirse á una mujer que no suponga algo para él. Esa vanidad te prueba que le lisonjea tu amor, que tiene formada de tí una alta idea, y de todas estas cosas enlazadas resultará un gran respeto hacia tí.

A ésto debe aspirar una mujer, á poseer la estimación y el respeto de su marido.

—Si te inspira una fuerte repulsión—objetó doña Clara—debes decirlo francamente; tu padre te quiere demasiado para exigirte una violencia tan grande.

—No, yo no siento aversión hacia él, yo le veo con la misma indiferencia que á todos los que han solicitado mi mano: ha experimentado mi corazón tan crudos golpes, tan fuertes luchas, tan desgarradoras contrariedades, que la tristeza lo ha narcotizado, está dormido el sentimiento en él.

—¿Qué le contestaré cuando me pregunte tu resolución?

Dí lo que tú quieras, papá.

—Eso no puede ser, yo necesito me digas lo que te propones, tu decisión espero saber.

—Puedes decirle que necesito meditar su petición y ofrecimientos.

—¿Y si me pide un plazo para tu contestación?

—Le indicas que estoy estudiando mis sentimientos, analizando mi corazón, y que para ésto no debe haber épocas prefijadas.

—Bien, entretanto piensa mucho en lo que á tu bienestar conviene.

—El señor de Morey se metió en su cuarto y Victorina quedó con doña Clara.

—¡Ay, tia de mi alma, qué amarga es mi existencia!!

—Valor, hija mía, valor. Dios no desampara nunca; el infortunio religiosamente soportado, es un escabel que nos conduce al cielo.

—Me van faltando las fuerzas, usted no puede comprender lo que yo sufro. Creo tener fiebre hasta en el alma.

—No desmayes, hasta apurar todo el cáliz; tras éste, se halla el triunfo, la aureola de gloria que el Dios justo y poderoso te reservará.

—¡Cuán doloroso es verle rendido á mis plantas y estar obligada á rechazar sus amorosas frases, más dulces que una caricia, más gratas que el perfume de la felicidad!

—Tu alma se purificará en el crisol de la adversidad.

—¡Dios mío, sostened mi resolución, bendecidme, no me desampareis, haced que cumpla la santa misión que me he impuesto!

—Hija mía, si tú quieres le indicaré á tu padre que te lleve á viajar; tal vez consigas distraerte.

—Mi corazón no viajaría conmigo, tía amada; mi corazón quedará siempre con él.

—Estando en la firme idea de no aceptarle, debes sepultar su recuerdo en una tumba.

—¡Olvidarle! Imposible, cual detener al pensamiento en su veloz carrera; imposible cual imponer leyes al corazón.

Las dos damas fueron interrumpidas por el joven escultor.

—¡Qué temprano, amiguito!

—No puedo pasar con ustedes la velada, y lo siento á fe mía; créalo usted, doña Clara.

—¿Tiene usted alguna gran ocupación?

—Bastante grande.

—¿De qué se trata?—preguntó Victorina, queriendo tomar parte en la conversación para distraerse.

—De un viaje.

—¿Repentino?

—No, Victorina; hace algún tiempo solicité ir á Roma pensionado por el Gobierno, y ayer recibí la orden de partir.

—¿Le agrada á usted mucho ese viaje?

—Ya puede usted figurarse; voy á estudiar los grandes modelos, á terminar brillantemente mi carrera y á gozar las delicias de aquel país encantador. La pena de separarme de ustedes es la única que me aqueja.

Yo deploro marcharme sin tener el placer de verla á usted unida al gran poeta-pintor.

—El placer de verme esposa de Mario no lo experimentará usted jamás.

—Cómo, ¿no va á efectuarse ese enlace?

—Nunca se ha pensado en él.

—La crónica los casaba á ustedes.

—¡La crónica casa y divorcia fácilmente!

—Yo los creía á ustedes muy de acuerdo, y como noto entre ustedes tantos puntos de contacto, tan gran afinidad...

—Nuestras almas simpatizan; pero el destino se opone á nuestra ventura.

—¿Y se acobardan ustedes ante el destino?

—Cuando aplasta, no deja lugar á lucha alguna.

—Respeto las razones que separan las almas de ustedes, porque deben de ser muy atendibles.

—Sí lo son, amigo mío.

El señor de Morey había oído desde su estudio al escultor y salió á saludarle.

—He entendido que marcha usted, amado artista.

—Sí, señor, á la cuna de las artes, á las márgenes del Tiber.

—Hace usted perfectamente: aquí no son admirados los genios cual debieran serlo.

—¿Cómo se halla usted de su dolor al pecho?

—Mal; en las altas horas de la noche la fatiga me ahoga.

—Véngase usted conmigo; el clima de Italia le devolverá á usted la salud.

—De buena gana acompañaría á usted.

—Resuélvase usted y haremos una pintoresca excursión.

—No me es posible.

Hablaron algún rato y se despidió el escultor.

La familia del señor de Morey, ó sea su hija y doña Clara, pasaron al comedor.

Concluyeron de comer muy silenciosos: el señor de Morey no había vuelto á hablar á su hija del asunto en cuestión.

Terminando el café estaban, cuando anunció el criado que esperaba en el salón el conde de Champ-Fleury.

Don Genaro se dirigió inmediatamente al salón.

Al poco rato salió Victorina con su tía.

El vizconde y Mario llegaron muy en breve.

Hablaron éstos de los sucesos más notables ocurridos en los círculos del *bon ton;* de bodas, de duelos, de nuevas producciones dramáticas y de otros asuntos de poca monta.

Mario cruzó una mirada muy significativa con Alberto, y éste se acercó al conde y principió á entretenerle hablándole de carreras de caballos.

El vizconde inventó un drama terrorífico y espeluznante, relatándolo como un suceso real, y así se atrajo la atención de doña Clara, del conde y del señor de Morey.

Mario se aproximó á Victorina.

—Dígame usted, mujer cruel—exclamó frenético,—¿hasta cuándo quiere usted seguir haciéndome juguete de sus altivos caprichos?

—No he jugado jamás con ningún hombre; son ustedes juguetes más peligrosos que un afilado puñal en la mano de un niño.

—Usted me está haciendo mendigo de su amor, esclavo de su voluntad, y yo soy tan débil, que acepto estos tristes papeles con toda sumisión.

—Yo no he alimentado las esperanzas de usted, por consiguiente esos reproches son injustificados.

—Sí; usted me quiere, lo he leído en sus miradas, en sus ojos, que son las ventanas de su alma, en su rara manera de alejarme de sí, en sus palabras, en sus melodías que contestan siempre á la serenata que mi amor le dirige.

—No le digo lo que merece su atrevimiento, porque me conduelo de su locura.

—Locura, sí, exactamente; eso más deberé á usted, voy á concluir por volverme loco.

—Llama usted atrevimiento á las expansiones de mi corazón, siempre oprimido, siempre sujeto por su despótica voluntad; no profane usted los más puros sentimientos, no pretenda empequeñecerlos. A ninguna mujer he entregado el alma tan entera cual á usted: y usted me la ha pisoteado como ninguna.

¡Duro castigo por mi fe é inocencia!

¡Cuán grande será su responsabilidad!

—No tengo nada que reprocharme, amigo Mario, la conducta mía ha sido digna de mí.

Le he abierto á usted las sendas del deber, he abogado por aquella desdichada que no conozco y que estimo por su desventura; he procurado hablarle á la caballerosidad, hasta al honor, en favor de ella; usted ha permanecido sordo á mis gritos.

Usted me inspira una gran amistad, que por ser tan tierna, he calificado de fraternal; yo le he llamado mil veces hermano, y usted ha sido lo bastante ingrato para abusar de ese título, queriéndome reconvenir por culpas que no he cometido.

Yo le veía á usted correr al abismo, y le he apartado de la extraviada senda, y mi recompensa usted sabe cuál ha sido.

—¡Perdóneme usted, soy un insensato, tenga usted piedad de mi desdicha eterna!

—Es preciso que renuncie usted á sus sueños; Dios dicta su sentencia y ésta debe ser irrevocable.

—Usted no puede matar de un golpe mis esperanzas; mientras usted permanezca soltera creeré que me ama usted en secreto, y yo en silencio la amaré.

No seré importuno, pero estaré cerca de usted cual su sombra, la adoraré de lejos, como á un espíritu, pues sin pensar en usted, no puedo vivir.

¿También le prohibe usted á mi pensamiento consagrarse á su recuerdo?

—Piense usted en mí, como se piensa en lo que fué, en lo que no existe.

Durante este diálogo, el vizconde apuró su influencia, agotó su inventiva y no pudo continuar creando fábulas para alejar á los circunstantes de la conversación de Mario y Victorina.

El señor de Morey suplicó al poeta que recitara, y éste hizo asomar á sus labios el albor de una sonrisa, para que el conde no trasluciera su amargura.

Al ponerse en pie Mario, el conde tomó sin delicadeza alguna la silla que acababa de dejar al lado de Victorina.

Ésta no pudo menos de ver con repugnancia la insolente acción.

El conde sonreía irónicamente.

Largo rato estuvo al lado de Victorina hablándole de su amor indirectamente; no quería declararlo más porque su amigo le había dicho que su hija quería consultar á su corazón.

El conde galanteaba más al padre que á la hija; la negativa de ésta le infundía más miedo que un rayo.

Quería casarse á todo trance con Victorina por el deseo de ser envidiado; teniendo el corazón gastado y frío, sólo sentía una insaciable sed de brillo, y como Victorina era un astro que irradiaba ígneos resplandores, quería ser su satélite, ya que por otro medio no podía estar iluminado.

(Continuará.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Guardamos las fiestas.—En todos los países alumbrados por la espléndida luz de la civilización cristiana, el domingo no sólo se dedica al descanso, sino á la consagración de las fiestas. Está muy generalizada en Europa, y en México va adoptándose la costumbre de cerrar las tiendas los domingos, costumbre digna de aplauso, pues sirve de solaz á la gente trabajadora y se cumple con un precepto del Decálogo. El grabado que hoy damos nos presenta á un talabartero rechazando hacer un trabajo para un señor que lo quiere para el día siguiente; pero como el artesano tendría que emplear casi toda la fiesta en dicho trabajo, se excusa y rehusa las ofertas que se le hacen. Esta costumbre, además de ser religiosa, es de método y de orden, pues el hombre que trabaja toda la semana, necesita el domingo de descanso, para emprender, con la misma constancia y vigor, el trabajo de la semana.

Medida falsa.—Nuestro grabado representa una feria, y á la vez una de esas escenas muy frecuentes desgraciadamente en el comercio. Un comerciante fraudulento puso á un dependiente á vender nueces con una medida que tenía fondo falso: el comprador descubre el engaño, y sacando el fondo postizo, avergüenza al muchacho presentándolo al público. El pueblo, que se entera, indígnase y se dirige ferozmente contra el estafador, queriéndolo matar á pedradas. Entre algunos comerciantes es tan innata la costumbre de cercenarle al comprador parte de la mercancía, que al practicarla no se dan cuenta que es una inmoralidad.

Peligros en el mar.—Grande es la audacia del hombre al atreverse á luchar con este feroz monstruo, dispuesto siempre á devorarlo, y sin embargo, si no hubiera séres valientes que arrostraran los peligros del mar, la mayor parte de las naciones no se comunicarían entre sí, vivirían extraños unos á otros y no se desarrollaría el comercio, manantial de progreso y de riqueza; compadezcamos á los valerosos navegantes que tienen que desafiar la espantosa furia de los mares.

Montañas de Moab en la Palestina.—El Oriente es fuente inagotable de bellezas, tanto naturales como artísticas, pues todo ello reviste un carácter especial, y la Palestina, teatro de los sagrados misterios del Cristianismo, ofrece gran interés al creyente como al curioso. Los moabitas, descendientes de Lot, y establecidos entre el Mar Muerto, la tribu de Rubén y los Madianitas, estuvieron siempre en perpetua guerra con los israelitas. Nuestro grabado representa la vista panorámica que ofrecen las montañas de Moab, que son altas, escarpadas y por lo mismo difíciles de escalar. En el centro de la perspectiva se ven las aguas del mar Muerto, iluminado por el resplandor de la luna.

Ferrocarril en el monte Washington.—Famosa es esta montaña de los Estados Unidos del Norte, situada en la parte septentrional del Estado de Nuevo Hampshire, que es el punto culminante de todos los Alleganis. La obra de este ferrocarril, cuyo dibujo representa la base de donde arranca, es la más atrevida que existe en el mundo, pues sube hasta la cúspide del monte, que parecía inaccesible. Sólo es comparable al trayecto del Ferrocarril Mexicano en las Cumbres, obra ésta que tanto honra á la Empresa como á la nación que la protegió.